

Obras en la Torre de la Catedral de Córdoba desde el siglo XVII hasta nuestros días

Allá por el año de 1930, el catedrático y destacado investigador don Antonio de la Torre y del Cerro, llevó a cabo en años anteriores al indicado y durante la vacación estival del mismo, como indica en su trabajo, una investigación en los libros de actas del Cabildo Catedral, sobre obras en la torre de la iglesia matriz, cuyo fruto fué el documental histórico publicado en el número 29 del BOLETIN de la Academia cordobesa, titulado «Obras en la Torre de la Catedral de Córdoba en los siglos XVI y XVII». En él nos muestra desde sus comienzos las obras llevadas a efecto en el antiguo alminar árabe, para adaptarlo a las necesidades del culto católico.

Nosotros, sin el estilo y pericia de dicho señor, vamos a proseguir el trabajo, mejor dicho, a aumentar las notas sobre tan señalada fábrica para dar a conocer hasta nuestros días las restantes obras efectuadas, y de este modo ofrecer un documental lo más completo posible de esta obra, que si bien es verdad que tiene no pocos detractores, la mayor parte de las veces nacidas de comparaciones odiosas; tiene sin embargo para los cordobeses el atractivo singular de ser la torre de nuestra Catedral, la que se eleva, recia y valiente, hacia el espacio, dominando toda la ciudad. Ella con su altura y reciedumbre, parece que la ampara y protege; semeja un centinela siempre alerta, y a su sombra Córdoba se siente tranquila. Desde ella las lenguas de bronce de sus campanas nos hablan de solemnidades religiosas, unas veces, otras de acontecimientos históricos de nuestra ciudad o de fuera de ella, y otras proclaman lastimeras el adiós postrero a un ser querido. Pero siempre irguiéndose altiva y señorial sobre la Córdoba legendaria, esparciendo a los cuatro vientos la devoción de un pueblo al guardián celestial que la corona.

Mas para que este trabajo tenga la dependencia y relación necesarias con el trabajo antes dicho del señor La Torre y del Cerro, extractaremos la parte por él estudiada que servirá de enlace con esta ordenación de notas que nos ha sido posible hallar.

La fábrica de esta torre, que poco a poco fué sustituyendo al elegante alminar de Abderramán Annasir, dió comienzo en 1593, según la traza presentada por Hernan Ruiz al Cabildo, dando principio a

su derribo «para hacer la nueva desde la mitad adelante, la víspera de San Andrés» (1) del indicado año.

Ahora bien, ¿sirvió el alminar árabe de torre sin modificación sustancial hasta esta fecha, conservando su estructura tal como la describió Ambrosio de Morales?

He aquí una cuestión bastante debatida, por la disparidad de criterios que muestran los historiadores del edificio, y por la carencia de noticias que registran las actas Capitulares, ya que con anterioridad a este año de 1593 no se encuentra ninguna sobre obras en la misma. Sin embargo Casas-Deza y Rodrigo Amador de los Ríos (2) afirman que Hernán Ruiz, abuelo del ya citado, que murió en 1547, dió trazas para la nueva torre. No hemos hallado la fuente de origen de tal noticia, pues ni incluso Gómez Bravo en el «Catálogo de los Obispos de Córdoba», que tantos datos interesantes da sobre el edificio, nos dice nada a este respecto.

Lo más probable sería que solo se llevaran a cabo las obras indispensables para su conservación y elevación, obras que por circunstancias hasta hoy ignoradas no llegaron a terminarse, cubriéndose lo que quedaba con un capitel de madera ochavado. Tan antiestético aparato fué repuesto de nuevo en 1589 por los grandes deterioros que sufrió en la tempestad del 21 de Septiembre. Fueron tantos los estragos causados en los edificios y en el campo, que pudo considerarse como «la más formidable tempestad de que hay memoria en esta ciudad» (3). Para ello se otorgó escritura de concierto ante Alonso Rodríguez de la Cruz, en 20 de noviembre del año mencionado, por Francisco de Herrera, carpintero, a favor de la obra y fábrica de la Iglesia en la persona de Jerónimo de la Vega, su receptor y mayordomo, para hacer otro capitel por orden de don Luis Fernández de Córdoba, Deán y gobernador del Obispado por el prelado don Francisco Pacheco; capitel que había de hacerse según la traza y modelo dados por Juan de Ochoa, maestro mayor de las obras de la ciudad, en precio de 1.167 reales, y con arreglo a un memorial de condiciones que acompaña a la escritura (4).

Sus características principales eran ser de forma piramidal y cubierto de hoja de lata, con unas bolas o esferas de cobre coloca-

(1) Manuscritos Vázquez Venega, n.º 266, f.º 224 y Casas Deza «Descripción de la Iglesia Catedral de Córdoba», pág. 138.

(2) «Inscripciones árabes de Córdoba», pág. 135.

(3) Gómez Bravo. «Catálogo de los Obispos de Córdoba», pgs. 536-537.

(4) Apéndice I, S.

das en la cúspide, de las que salía la veleta; bolas que vinieron a sustituir los elegantes y gallardos lirios de seis pétalos que se abrían sobre seis esferas, que ostentó el antiguo alminar.

De esta suerte permaneció la fábrica hasta que como hemos dicho, en 1593 el Cabildo determinó su renovación conforme al plan de Hernán Ruiz, consistente en elevar el alminar de obra de canteería hasta una altura de 120 pies «hasta el suelo pisadero» (1) cuya obra tampoco se finalizó, quedando reducida la prolongación hasta el cuerpo de campanas, al que se subió la primera el 4 de febrero de 1599. (2).

Años más tarde, bajo el pontificado del obispo Fray Diego de Mardones, insigne bienhechor de esta Iglesia Catedral, se acomete de nuevo la empresa de proseguir la obra comenzada en la torre. Para ello otorga escritura de concierto con Juan Sequero de la Matilla, en 1.º de Octubre de 1616 (3) para finalizarla, lo que se logró a últimos del siguiente año 1617, con la construcción de su segundo cuerpo de ladrillo para el reloj, cubierto por una media naranja, asimismo de ladrillo adornado de bolas a más de cuatro escudos del prelado en la balaustrada de este cuerpo, de los que hoy solo se conservan los correspondientes a los lados Este y Oeste. A principios del siguiente año de 1618, se hizo el encalado de toda ella por el maestro albañil Miguel de Morales, dando comienzo el primero de Abril y terminándola a fin de Junio, según concierto que en 23 de Enero había hecho con Juan Sequero.

Posterior a esta obra no hemos hallado noticias concretas hasta el 1656; es decir que transcurre un período de treinta y nueve años, durante los cuales permaneció el alminar árabe, salvo lo que cambiase Hernán Ruiz y este aditamento de la misma manera que lo describió Ambrosio de Morales, que no por conocido, nos resistimos a transcribir. Dice así: «Arrimada a la puerta esta la torre de la Iglesia, grande, y muy alta, que, aunque se labró juntamente con ella, más tiene de obra romana que de morisca, como lo muestra la forma de toda ella y las catorce ventanas que tiene, la mitad con dos claros y la mitad con tres, formado todo con medida, correspondencia y proporción romana. En lo alto, sobre todas las venta-

(1) Obras de la Torre de la Catedral de Córdoba, en los siglos XVI y XVII, don Antonio de la Torre y del Cerro.

(2) Manuscrito, Vázquez Venegas, núm. 266, folio 224.

(3) Obras en la Torre de la Catedral de Córdoba, en los siglos XVI y XVII de don Antonio de la Torre y del Cerro.

nas, tiene un coronamiento al rededor de arquitos macizos, sustentados sobre columnas pequeñas del mismo jaspe, que hace muy hermosa vista. Y las de las ventanas y coronamientos son por todos cien columnas. La torre es de sillería y es cuadrada, con sesenta pies por lado, disminuyendo de lo alto un poco. Tiene dentro dos escaleras de traza harto extraña y nunca vista, porque apartándose en lo bajo a diversas partes, en lo alto se vuelven a juntar. Así subiendo dos a un mismo tiempo, por las dos escaleras, desde que se apartaron abajo, nunca más se ven hasta que están arriba» (1).

Es tradición catedralicia, que desgraciadamente se va perdiendo, que esta torre así descrita, es la que se halla representada en las enjutas del arco de la puerta de Santa Catalina, como asimismo la que ostentan los azulejos que en 1587 compró el escultor Andrés de Ocampo en Sevilla, con poder que para ello le otorgó Jerónimo de la Vega, mayordomo de la obra y fábrica de la Iglesia Catedral (2), para colocarlos en las casas propiedad del Cabildo y que todavía en nuestros días se ven algunos ejemplares diseminados por varias calles de la ciudad.

De todo lo anteriormente expuesto, es fácil deducir que hasta finales de 1617 la torre contaba con tres cuerpos, que correspondían a otras tantas etapas: el alminar al descubierto y su escalera utilizable, con entrada a la parte de la Puerta del Perdón; la reforma de Hernán Ruiz, hasta el cuerpo de campanas, y el remate de Juan Sequero de la Matilla, formado por el cuerpo del reloj.

La falta de firmeza de esta fábrica, destaca en los acuerdos capitulares que sucesivamente se fueron tomando para su renovación y reparo, de tal manera que en 1593 se pidió informe a Asencio de Maeda, maestro mayor de la Catedral de Sevilla, que en unión de Hernán Ruiz, Juan de Ochoa y Juan Coronado, presentaron una relación al Cabildo, afirmando estar con la suficiente fortaleza para cargar sobre ella la nueva obra que se pretendía hacer.

La reedificación de la Puerta del Perdón, llevada a cabo en 1.650 con arreglo a la traza hecha por Sebastián Vidal (3) es probable sea el antecedente de una reparación en la torre dos años más tarde, es decir en 1.652. Sin que nos sea dado precisar con exactitud en qué consistió tal reparo, primero por la falta de noticias y segundo por la gran reforma que había de sufrir cuatro años después, sin embar-

(1) Las antigüedades de las ciudades de España.

(2) Arch. Protocolos, Oficio 22, tomo 26, folio 2.181.

(3) Arch. Protocolos, Oficio 24, tomo 38 folio 304.

go el tal reparo es evidente a juzgar por las escrituras de 27 de junio y 14 de julio del dicho año de 1652, en las que los maestros canteros Pedro de la Toba, Pedro Fernández, Francisco de Ortega y Gonzalo Alonso, se conciertan con don Andrés de la Cueva, prior y canónigo, como obrero mayor de la obra y fábrica de la Iglesia, para sacar de las canteras de Sansueña, dos mil varas de piedra franca, con arreglo a las condiciones hechas por Domingo de Mendigoitia, maestro mayor de las obras de la ciudad (1).

Más llega el momento en que es realidad la falta de consistencia de esta fábrica singular en el pontificado de don Antonio Valdes (1.654-1.657) comenzando en este tiempo la gran reforma que había de dar a la torre la estructura con que ha llegado a nuestros días, perdiéndose para siempre lo que quedaba del bello alminar, recuerdo del primitivo destino de este grandioso templo.

Para realizar la obra pretendida, el 19 de septiembre de 1.656 y ante el escribano público Bartolomé Manuel Maldonado, se otorga escritura de concierto entre don Gaspar Daza Maldonado, racionero entero, como obrero de la obra y fábrica, por nombramiento del Obispo, y Gaspar de la Peña, maestro mayor de obras de S. M. vecino de Madrid, estando presente en Córdoba, por la que éste se obliga a hacer la obra de fortificación, y reparo de la torre que «amenaza ruina», en precio de 19.000 ducados y con arreglo al memorial de condiciones que acompaña a la escritura (2). Las obras entonces realizadas limitáronse a reforzar los muros de los lados S. y O. debido a la escasez de recursos con que se contaba para emprender la obra en toda su magnitud, y aún hubo necesidad de tomar a censo buena cantidad de ducados de diversas obras pias, tales como de la del préstamo de los señores Racioneros (3), de la de Fernando de Pozo (4), de la de Juan Bautista de Montoro, mercader (5); de la de Bernardo José de Alderete (6), de la del licenciado Baltasar Nájera de la Rosa (7), de la de Bernardo de Cabrera, Jurado de Córdoba (8) y de la del capitán Gaspar de Velasco (9). En esta

(1) Arch. de Protocolos, Oficio 24, tomo 38, folio 304.

(2) Apéndice 1, 2.

(3) Arch. de Protocolos, Oficio 6, tomo 99, folio 304.

(4) Arch. de Protocolos, Oficio 6, tomo 99, folio 315.

(5) Arch. de Protocolos, Oficio 6, tomo 99, folio 514.

(6) Arch. de Protocolos, Oficio 6, tomo 99, folio 609 y 700.

(7) Arch. de Protocolos, Oficio 6, tomo 100, folio 918 y 927.

(8) Arch. de Protocolos, Oficio 6, tomo 101, folio 176.

(9) Arch. de Protocolos, Oficio 6, tomo 101, folio 288.

etapa, se fortificó convenientemente la cimentación primitiva con sillares de piedra franca, como el resto de la obra, a excepción del zócalo que se hizo de piedra negra; se macizaron las escaleras, se labraron las ventanas fingidas de los entre-paños, más las fajas de los sillares, impostas, pilastras y cornisas, sustituyéndose, finalmente el remate que era de yeso por otro de piedra sobre el que se colocó la cruz y veleta que se le dió hecha por la fábrica.

Dos años duran las obras. En ellas intervienen los maestros canteros, Gonzalo Alonso, Pedro Fernández, Pedro de la Toba, Melchor Fernández y Francisco Ortiz los cuales otorgaron escrituras de obligación a favor de Gaspar de la Peña por la que se comprometieron a dar y labrar la piedra necesaria sacada de las canteras de Sansueña, Arroyo del Moro, Campiñuela, y Arroyo de Pedroches (1) Asimismo otorgaron otras escrituras a su favor, Baltasar Pérez, Alonso Gómez Blanco, Melchor de los Reyes, Diego de Barbosa, Diego y Francisco Giménez, Domingo de la Banda, José Sánchez y Diego Jiménez Cabello, para el acarreo de la piedra y el suministro de cal y ladrillos (2)

Tres años más tarde y por escritura hecha en 1.º de octubre de 1.659, ante Antonio Manuel Maldonado, se obligó Gaspar de la Peña con el nuevo Obispo don Francisco de Alarcón (1658) a fortificar la torre en los lados que faltaban E. y N. de acuerdo con los informes que se habían hecho por diferentes maestros que aconsejaban la conveniencia del reparo de dichos lados. en precio de 15.000 ducados, y también con arreglo al memorial de condiciones que acompañan a la escritura (3).

En su virtud se abrieron zanjás en los lados antedichos para proceder a la necesaria fortificación, de la misma forma que se había hecho en los lados S. y O. Para fortalecer las paredes de la parte de dentro y la que mira a la calle, se cercó con un arco que carga sobre los dos pilares antiguos, de suerte que este nuevo arco ha de pasar por encima de la capilla del pórtico; mas que para toda la obra quedara con la perfección y trabazón suficientes, se levantaron dos arcos elegidos sobre la subida de las gradas y para dar acceso a la tribuna o balconcillo del segundo cuerpo, se hizo una pechina en aquel rincón. En esta tribuna se había de colocar una imagen de

(1) Arch. de Protocolos, Oficio 4, tomo 111, folio 535, 536, 537, 632.

(2) Arch. de Protocolos, Oficio 4, tomo 111, 112, 113, folio 546, 629, 648, 204, 254, 341.

(3) Apéndice 1, 3.

Cristo, que había de descubrirse en ciertas festividades y en especial durante el paso de las procesiones de Semana Santa, y finalmente se substituyó la linterna que era de ladrillo y yeso por piedra franca labrada. En esta obra intervinieron los canteros Pedro Fernández, Bartolomé del Baño, Pedro del Piñal, Mateo López y Gonzalo Alonso, que sacaron y labraron la piedra empleada de las mismas canteras de donde se había extraído la necesaria para los lados S. y O. (1): Asimismo se tomaron a censo diversas cantidades de las obras pias de Niños Expósitos, de la de Fernán Sánchez Castillejo y de la de doña María Josefa de Paniagua (2).

Hasta esta época el remate de la torre había sido una cruz, pero aumentando en este tiempo la devoción que desde años anteriores se había tenido al Arcángel San Rafael, pareció bien a nuestro Obispo sustituir a aquella por una imagen de éste. A tal fin se otorgó la oportuna escritura de 1.º de Junio de 1663 entre Francisco de Clavijo, como receptor de la obra y fábrica (de la Santa Iglesia), y en virtud de orden del Prelado de la una parte y de la otra Pedro de Paz y Bernabé Gómez del Rio, maestros escultores y vecinos de la collación de San Lorenzo, por la que éstos se obligaron a hacer la imagen de piedra «campañil» de las canteras de Luque, en precio de 2.400 reales, la que darían acabada en tiempo de cuatro meses (3). Se terminó toda esta obra en Mayo de 1664, y el día 24 se colocó como coronamiento la imagen labrada. Mientras se subía, las campanas estuvieron tocando a plegaria para excitar a los fieles a que rogasen a Dios por el feliz arribo, y una vez que estuvo en su sitio se hizo un solemne repique, todo de acuerdo con la propuesta que en el Cabildo del día 19 había hecho don Marcos Antonio de Amaya, Canónigo obrero de la Iglesia.

Meses más tarde, 3 de Septiembre, se otorgó por Gaspar de la Peña, carta de pago de haber recibido de Francisco Pérez Cavijo, receptor de la obra y fábrica, la cantidad de 522.366 reales, importe de todos los conciertos que había hecho para efectuar la obra a que se había obligado (4); y el mismo día y por el mismo receptor se otorgó escritura de obligación a favor de Gaspar de la Peña, para pagarle 59.266 reales que se le estaban debiendo del importe total (5).

(1) Arch. de Protocolos. Oficio 4, tomo 114, folio 450, 459, 460.

(2) Arch. de Protocolos. Oficio 6, tomo 101 y 103, folio 558, 79, 475.

(3) Apéndice I, 4.

(4) Apéndice I, 5.

(5) Apéndice I, 6.

Para constancia y perenne recuerdo de esta obra, se colocó una lámina de bronce en el pecho del Arcángel con la siguiente inscripción:

«En 24 de Mayo de 1664 años, reinando en España Felipe IV, y siendo Obispo de Córdoba el Ilmo. Sr. D. Francisco Alarcón, y Obrero mayor D. Marcos Antonio de Amaya, Canónigo de esta Santa Iglesia, se colocó aquí San Rafael, y se repasó esta torre por Gaspar de la Peña, Arquitecto de S. M.»

En centurias sucesivas se han ido realizando obras de restauración y conservación motivadas por las causas que iremos enumerando.

El 27 de Agosto de 1627, día de San Bartolomé, saliendo la celería de Maitines a las dos de la mañana, se cernió sobre la ciudad una gran tempestad que duró aproximadamente dos horas. Un rayo cayó en la torre, quitando un pedazo de la peana de San Rafael, seis sillares de la bóveda, dos metros de cornisa, rompió la cabeza de la esquila y destrozó la escalera de caracol que sube al reloj, partió el arco donde está la campana mayor y derribó los barandales; ocasionó grandes desperfectos en una de las pinturas de la Puerta del Perdón y el pavimento de la misma. El Cabildo determinó su repaso inmediato, obra que encomendó al maestro Pedro de Aguilar (1). La Corporación obsequió al referido maestro con cuatrocientos reales de vellón y doce fanegas de trigo al terminar la obra a fines de Noviembre de este año (2).

Sábado primero de Noviembre de 1755, sufrió esta ciudad uno de los más grandes terremotos que la han azotado. En la Catedral se estaba celebrando la festividad del día y cuando el coro cantaba el Credo se experimentó la primera sacudida, y estando los capitulares en la ceremonia de la ofrenda se sintió la segunda, de mayor intensidad que la primera, dejando maltratados muchos sitios de la Iglesia. La torre sufrió tales vaivenes que después de haberse desplomado una gran cornisa, un barandal y diferentes piezas de su adorno, se abrió por los cuatro frentes del cuerpo de campanas, rasgándose las claves de los arcos, claraboyas y ventanas. Al terminar la misa el Cabildo fué en rogativas al Sagrario y después a la capilla de Nuestra Señora de Villaviciosa, a dar gracias por haberles

(1) Es este uno de mis ascendientes que desde el siglo XVII han venido ininterrumpidamente prestando sus servicios en el Monumento hasta la muerte de mi señor padre, en Noviembre de 1948

(2) Apéndice II, I.

librado de la catástrofe. Al siguiente día se cantó una solemne misa a Nuestra Señora en su capilla, con asistencia del señor Corregidor y caballeros Veinticuatro.

Jueves 6, oído el informe de los peritos a quienes se había encargado el reconocimiento de la torre, acordó desde principio la obra, nombrando para el cuidado y dirección de ella al señor Magistral don Juan Gómez Bravo, en ausencia del canónigo obrero don Juan de Goineche, penitenciario, que estaba impedido. Asimismo se determinó escribir al Rey Fernando VI para suplicarle alguna ayuda por hallarse la fábrica sin fondos para atender a todos los gastos de la reparación, y al obispo de la ciudad don Francisco Solís Foch de Cardona, para que influya cerca del Rey a fin de obtener el resultado apetecido.

En el citado informe, los peritos dictaminan de momento, y a reserva de nueva inspección, efectuar las obras necesarias para poder seguir utilizando las campanas lo indispensable. A tal fin se macizaron los arcos del cuerpo de campanas correspondientes a los lados N. S. y O. juntamente con sus claraboyas y ojos de buey, los cuatro del cuerpo del reloj y los cuatro de la linterna. Suscriben este informe Luis de Aguilar, Diego de los Reyes, Gonzalo Rabanales, Luis García, Diego Acisclo de Morales, Fernando López, Pedro Lorenzo Pérez, Gabriel Valero y Manuel Valverde (1).

En este mismo día también se leyó el informe de los Diputados de Ceremonias sobre continuación de rogativas. Al siguiente día acordó el Cabildo las fiestas particulares y perpetuas que habían de celebrarse, contándose entre las primeras una en la iglesia de San Rafael, para la que se ofreció a predicar don Antonio Caballero Góngora, canónigo Lectoral, y entre las segundas, la fiesta votiva en la ya mencionada iglesia de San Rafael el 7 de mayo y la solemne de Todos los Santos en la Catedral. Estos acuerdos fueron comunicados al Ayuntamiento, contestando el señor Corregidor el día 12, la determinación adoptada por la Corporación de asistir a todas las fiestas tanto particulares como perpetuas.

Comenzó la obra en 1755 y se terminó en 15 de Agosto de 1763, como consta en una lápida de jaspe encarnado colocada en el cuerpo de campanas con la siguiente inscripción:

«Esta torre, célebre por su preciosa arquitectura, estuvo para arruinarse con los estremecimientos y vaivenes del gran terremoto padecido en esta Ciudad a las diez del día primero de Noviembre de

(1) Apéndice II, 2.

1755, y habiendo quedado toda ella muy quebrantada, abiertas sus principales claves y sin muchos adornos que se desplomaron, se emprendió y siguió su reedificación con cuanto acierto, felicidad y firmeza cabe en el arte, y se acabó el día de la Asunción de María Santísima, titular de esta Santa Iglesia, a 15 de Agosto de 1763, siendo dignísimo obispo de ella el Ilustrísimo Sr. D. Martín de Barcia, su Deán el Sr. Dr. D. Francisco Xavier Fernández de Córdoba, su Obrero mayor el Sr. Dr. D. Pedro de Cabrera y Cárdenas, canónigo. Empezó y concluyó esta obra el maestro primero de albañilería de la fábrica, Luis de Aguilar».

A la terminación de la obra fué jubilado Luis de Aguilar, en atención a los dilatados años de servicio que había prestado y una enfermedad que había contraído a la vista, con el sueldo que disfrutaba de seis reales diarios y sustituido por su hijo mayor Francisco de Aguilar. Además, por decreto del Obispo D. Martín de Barcia y en consideración a lo expuesto y a los servicios prestados por la familia de los Aguilares, que venían haciéndolo de padres a hijos, se le dieron dos cahices de trigo.

Esta sucesión ha venido efectuándose desde 1624 hasta el año 1948 en que falleció el último Aguilar como dependiente del Cabildo Eclesiástico, que como todos sus antepasados sirvió el cargo con la misma laboriosidad y honradez, de tal suerte que su nombre irá unido a la historia que día tras día escribe la Mezquita, como tan acertadamente plasmó en un bello soneto, a él dedicado, el nunca bien llorado miembro de esta docta corporación académica, señor Camacho Padilla.

No transcurren muchos años sin que en las cuentas de Fábrica se anote una pequeña restauración a fines del XVIII. En efecto, en 1777, el maestro cantero Juan Díaz, tomó a su cargo la labra de 18 balaustres, dos mesas de baranda y soleros, en precio de 310 reales, que recibió en 20 de Septiembre. Por las partidas que se anotan al comienzo de la centuria décimo-novena, año 1804 y 1805, se hace una reparación de envergadura, dirigida por el arquitecto de la Fábrica D. Nicolás Duroni, a juzgar por la piedra empleada y coste de ella. A este objeto se hicieron diferentes ajustes con diversos canteros, que fueron suministrando las siguientes partidas de piedra: José Mateo Serrano, ciento tres varas y media, de las canteras del Molino de Sansueña, para la basa y mesa de barandal, diferentes piezas de remate y setenta balaustres; Francisco Izquierdo y Francisco Sevanes, suministran treinta y una varas, para mesa de barandal y basas,

más de cincuenta y ocho balaustres y dos remates, y José León tomó a su cargo la labra de cincuenta y un balaustre y treinta y cinco varas de basa y mesa. La composición de la imagen de San Rafael estuvo a cargo de Gerónimo Butt y el dorado al de Manuel Camacho, importando toda la obra la cantidad de 17.831 reales. Estas res-



Vista panorámica actual de la torre de la Mezquita-Catedral

tauraciones hermosearon tanto la torre, que el señor Maestrescuela, en el Cabildo de 15 de Febrero de 1806, propuso la conveniencia de buscar una nueva manera de iluminarla en diversas solemnidades para evitar el quebranto de su hermosura y decoración, acordándose meses más tarde, el 23 de Abril, que don Nicolás Duroni, «inventare el modo y forma de hacer la iluminación, en que evitase todos los perjuicios que hasta aquí ha sufrido en su fábrica y decoración».

Poco o nada se hizo en tal sentido, pues en años sucesivos hasta la declaración del edificio Monumento Nacional, van dando las ya mencionadas cuentas de Fábrica noticias de reparaciones de menor cuantía e importancia.

La última obra llevada a cabo en ella fué para descubrir el alminar oculto. Dieron éstas comienzo el lunes 11 de Agosto de 1930, empezándose los trabajos descarnando el paramento E. de la torre, inmediato a la Puerta del Perdón. Apareció una sillería de tipo califal y grandes dimensiones. Extraído un sillar de sogá y realizados algunos registros por si se podía llegar al interior del cuerpo inferior del alminar, resultó que detrás del sillar extraído había otro también de sogá y detrás de éste un macizo mixto de sillares y mampostería incongruente con lo califal y de argamasa durísima, que obedece al macizado total del cuerpo inferior de la torre hecho en el siglo XVIII.

Otro registro en el mismo paramento E. situado detrás de la cúpula barroca que cobija la entrada de la Puerta del Perdón, produjo resultados análogos al del primer registro. En este segundo se aprovechó el que debió practicarse en épocas anteriores y el paramento califal apareció detrás de un suplemento de ladrillo de pie y medio aproximadamente, levantado sobre el arco de herradura apuntado que se vé en la parte inferior.

Al limpiar el hueco existente entre el muro E. de la torre y su primer paralelo, apareció la cabeza de arco (de un hueco) enterrado, una bovedita con estuco y pintura, restos del muro califal interior en el que se había formado hueco y bovedita. Para la mejor exploración de estos restos del alminar, se rompió el seno del hueco fingido (fingido de formación) que mira al S. y se halla sobre la gran cornisa de la torre. Así se logró luz natural directa sobre lo descubierto. Como complemento de la exploración, se iniciaron registros en la tercera caja de tramo, contando desde el indicado muro E. de la torre, aprovechando las facilidades de la luz y paso que brindaba el hueco que dá al S. y simétricamente dispuesto con relación al fingido.

Se descubre la relación entre el muro E. del alminar y el muro de refuerzo exterior que levantaron los cristianos, en la entrada del primero y único tramo de la torre formado de E. a O. El muro cristiano apareció en dicha parte totalmente despegado del árabe, y debajo se halla cortado por un gran arco cuyos arranques se manifiestan en la vivienda del campanero, y cuya clave se levanta sobre el desván de la indicada vivienda.

En la parte de la mencionada bovedita se ahonda cuanto es posible buscando peldaños que acusen la traza de las escaleras del alminar. Se tropieza con un relleno de hormigón de cantos rodados,

y mezcla durísima. Alternan con el hormigón, bloques de caliza compacta como de sillares destrozados.

Con este registro de excavación se descubre el paramento interior del muro S. cabezas de dovelas enrasadas horizontalmente desde el hueco descubierto hasta el muro central N. S. Simétricamente colocadas con respecto a este muro aparece otra organización de dovelas, que como las anteriores anuncian huecos en la fachada S. de la torre.

Finalmente, registro practicado en el paramento interior del muro N. orientándose simétricamente por lo descubierto en el muro S. permite conocer la cabeza en arco adintelado de una pequeña ventana cegada por escalones (1).

Estas son hasta el presente las notas que permiten bosquejar un documental histórico de esta famosa torre, cuyo proceso artístico «con relación a la de Sevilla, consiste en el escalonamiento sucesivo en seis pisos por medio de salientes y obeliscos, cuya disposición es muy lógica, estéticamente considerada, y muy hábil desde el punto de vista artístico. La decidida acentuación de la verticalidad por medio de pilastras, cadenas obeliscos etc., presta a esta grandiosa creación, en unión de la pintoresca puerta del Perdón un marcado carácter de grandeza y armonía.

En el tratamiento de los detalles, por su solidéz, por su sobriedad y por la severidad rigurosa que ostenta, recuerda la arquitectura de los tiempos de Felipe II. Las vigorosas cartelas con los escudos de los fundadores, con sus guardapolvos triangulares encerrados en las guarniciones rigurosamente herrerianas de las ventanas, los altos obeliscos con sus redondeados remates en sustitución de los adornos de bolas que recuerdan las obras de Herrera y el pintoresco aspecto de toda la edificación, elevan esta torre a la categoría del más grandioso monumento de todo el tiempo de Francisco de Mora (2).

La construcción de esta torre es de sillares de piedra franca, a excepción del zócalo que es de jaspe azul.

Su planta es cuadrada y consta de cinco cuerpos y la coronación.

El primero se encuentra decorado de pilastras embebidas, destacando los entrepaños, en arcos adintelados los escudos del Obispo don Antonio Valdés y el de la Iglesia, en la parte del patio y este último y el de don Francisco de Alarcón, en el de la calle. Los escu-

(1) Del Diario de mi señor padre (q. e. p. d.).

(2) Otto Schubert. «El barroco en España» cap. VI.

dos de ambos preladados denotan la obra de Gaspar de la Peña, como queda indicado.

Una cornisa con modillones y buena balaustrada, corre sobre este cuerpo. Hermosean sus ángulos cuatro pilastras piramidales de planta octogonal, terminadas en bolas. Desde los pedestales de la balaustrada, y en número de tres por cada frente, arrancan arbotantes que terminan en los pedestales de otra balaustrada superior embebida. Estos arbotantes se hallan adornados de pequeñas pilastras semejantes a las grandes.

Sigue a este cuerpo un tercero rodeado de balaustrada por la parte exterior, carente de vuelo, y en cada frente tres arcos; el del centro de medio punto y los laterales adintelados con ojos de buey sobre ellos, en los cuales están colocadas las campanas en número de doce. Estas son: Santa María, San Rafael y San Pedro al E.; Santa María de la Paz, Santa Bárbara y la del Santísimo Sacramento, al N.; la Concepción, San Zoilo y San Antonio al O. y San Alvaro, San^o Acisclo y Santa Victoria al S.

En este cuerpo se encuentra la lápida de jáspe encarnado en que consta el repaso hecho en 1.755 en otro lugar transcrita.

Disminuyendo un tanto de planta, aparece el cuarto cuerpo, con su correspondiente balaustrada ostentando en sus centros los escudos de los Obispos fray Diego de Mardones y don Martín de Barcia, y en cada ángulo un arbotante adornado de pilastras. En cada uno de sus frentes se vé un arco a regla figurado y en su parte media otro de medio punto con balaustrada que ocupa su ancho. Un frontón triangular destaca sobre la cornisa en cada lado. En este cuerpo está colocado el reloj.

El quinto cuerpo es de traza redonda, asimismo con balaustrada, de cuyos pedestales arrancan ocho pequeños arbotantes pareados que terminan en el cornisamiento, entre los cuales se ven cuatro arquitos adintelados. Una mediana cúpula remata esta construcción, que a la vez sirve de basamento a la imagen del Arcángel San Rafael, con bordón en la mano, del que sale una pequeña bandera que sirve de veleta.

Al contemplarla tan noble y sugestiva, viene a nuestra memoria aquella composición poética con que el numen de M. R. Blanco Belmonte, un día la hiciera hablar de esta manera:

Mora que se hizo cristiana
llevo en mi frente la Cruz,
bendiciendo soberana
a Córdoba, la Sultana,
gloria del reino andaluz.

A mis pies, por trovador
susurra Guadalquivir
y los naranjos en flor
me dan perfumes de amor
bajo cielo de zafir.

No sueño tiempos mejores
ni de otros siglos añoro,
no me agobian con dolores
ni agravan mi triste lloro
los pasados esplendores.

Lloro en el tiempo presente,
no me entristece el ayer,
lloro por la pobre gente
despojada inicuamente
de la esencia de su ser...

De la fe pura y bendita
que llenaba el corazón
la santa resignación
y con ternura infinita
brotadas en la oración.

Y antes que la fe se borre
deste mi campo andaluz,
pido al que todos acoge
que mi Córdoba sea torre
¡coronada por la Cruz!

Rafael Aguilar Priego.

Córdoba, 28 de Julio de 1955.